

CARLOS GIL ARBIOL

**La Misericordia desde las víctimas.
La mirada de Jesús**

Separata de LUMEN LXV (2016) 263-284

La Misericordia desde las víctimas. La mirada de Jesús¹

Introducción. 1. El punto de partida: cómo mirar la realidad desde Dios. 2. Imágenes de Dios y el Dios de Jesús. 3. El recuerdo de la experiencia que Jesús tuvo de Dios. 4. La dificultad de aceptar la misericordia de Dios. 5. La misericordia frente a la religión: Lc 10,25-37; Lc 15,11-32. 6. La misericordia contra la condena: Mt 5,21-22.29-30. 7. Conclusión.

Introducción

La misericordia nos remite, radical y necesariamente, a confrontar las imágenes de Dios, al modo como nos relacionamos con él, a las consecuencias que sacamos para la vida cotidiana. Estas imágenes no son unívocas ni sencillas, pero tampoco permiten sacar cualquier consecuencia ni cualquier modo de relación con Dios.

En las primeras comunidades de seguidores de Jesús, como en el conjunto de libros que forman la Biblia, conviven diversas imágenes de Dios; algunas subrayan, por encima de otros aspectos, la misericordia de Dios; otras, por su parte, subrayan su justicia (desde diferentes perspectivas y con diversos acentos), otras su fidelidad (a sí mismo, a las propias tradiciones judías, a las instituciones religiosas hegemónicas...), otras su novedad y paradójica presencia (haciéndose sentir donde no se le espera...); etc. No son imágenes antagónicas ni excluyentes, pero no todas tienen el mismo peso ni han sido interpretadas en el naciente cristianismo del mismo modo.

¹ Adaptación del texto de la conferencia habida en Arrupetxea (Bilbao), el 5 de abril de 2016, en el marco de la semana de vida religiosa que organiza la Conferencia de Bilbao. Su título, *La misericordia en las primeras comunidades cristianas*.

Voy a hacer un recorrido, sin pretender ser exhaustivo, por algunas de las lecturas que me parecen más originales, provocadoras y creativas de la misericordia que los seguidores de Jesús hicieron durante los primeros años, todas tomadas del mensaje (dichos y hechos) de Jesús y de su experiencia de Dios.

Para ello, empezaré subrayando la importancia que tiene el enfoque, el punto de partida, desde el que situarse para mirar la realidad de Dios; después presentaré algunos de los subrayados más importantes del recuerdo que los primeros discípulos de Jesús hicieron de la misericordia de Dios, tal como ellos la recordaban de la experiencia de Jesús y de la experiencia que iban teniendo del Dios de Jesús.

1. El punto de partida: cómo mirar la realidad desde Dios

En la obra *El testamento de María*, escrita por el premiado novelista irlandés Colm Tóibín (Barcelona: Lumen, 2014), adaptada al teatro en España por Agustí Villaronga e interpretada por Blanca Portillo, se narra un ficticio diálogo entre los discípulos de Jesús y María, la madre de Jesús. Este diálogo tiene lugar en Éfeso años después de la muerte de Jesús, donde vive María custodiada por los discípulos de su hijo, que están tratando, con poco éxito, de organizar y sustituir los recuerdos de María por otros más acorde a las nuevas circunstancias. Ella lucha para que sus recuerdos, los de una madre destrozada por el dolor de la pérdida y la culpa por no haber evitado la desgracia, no se pierdan en el olvido, reemplazados por los que le transmiten los discípulos de su hijo. Sus recuerdos son los de una madre; como lo son sus sentimientos, sus miedos, sus frustraciones y sus escasas esperanzas. En ellos Jesús es un niño que creció en un lugar complejo al que las circunstancias, su propio carisma y las influencias de ambiciosos galileos que deseaban cambios radicales, arrastraron a un destino que ella no pudo impedir. Sin embargo, la huida de Judea con algunos de sus discípulos hasta Éfeso y el intercambio de los recuerdos de unos y otros la confunde,

hasta el punto de que le cuesta distinguir la realidad de las emociones, de las fantasías y los sueños.

Los discípulos, según el relato de Tóibín, llevan tiempo intentando que comprenda lo que ella no alcanza a entender: que la muerte en cruz de Jesús, de su hijo querido, estaba en el plan de Dios y, lo que es más importante, que sirvió para la redención y salvación de toda la humanidad. En un diálogo antológico, María habla así:

Fue cuando llegaron a la última parte del relato que yo me levanté de golpe de la silla y me aparté de ellos, asaltada por sus palabras. «Murió para redimir el mundo», dijo uno. «Su muerte ha liberado a la humanidad de la oscuridad y del pecado. Su padre lo envió al mundo para que pudiera sufrir en la cruz». «¿Su padre?», pregunté. «¿Su padre...?». «Su sufrimiento era necesario», me interrumpió, «era así como la humanidad se salvaría». «¿Se salvaría?», pregunté alzando la voz, «¿quién se ha salvado?». «Todos los que vinieron antes que él y los que viven ahora y aquellos que todavía no han nacido», dijo (...). «Él fue el Hijo de Dios», dijo él, «y fue enviado por su padre para redimir el mundo». (...). «Yo estuve allí», dije, «y huí antes de que todo hubiera acabado, pero si queréis un testigo entonces yo soy uno y puedo deciros ahora que cuando decís que él redimió el mundo yo diré que no mereció la pena. No mereció la pena».

El autor pone en boca de María los sentimientos y el razonamiento de una madre y en boca de los discípulos las aspiraciones y lógica de algunas teologías. Desde el punto de vista de estos, el sufrimiento y la muerte de Jesús fue «necesaria» porque sirvió para «redimir el mundo». Y, efectivamente, desde el punto de vista práctico de ese razonamiento, y dados los resultados obtenidos, la salvación de toda la humanidad parece un bien mayor ante el mal menor del sufrimiento y la muerte de una única persona (así pensaba también Caifás: Jn 11,49-50).

En realidad, desde todo punto de vista parece preferible optar por el mal menor si se logra un bien mayor; desde todo punto de vista excepto desde uno: el de la víctima. Para ella, como en este caso,

el sufrimiento hasta la muerte no es un mal menor, es un coste desmesurado y desproporcionado; es, sobre todo, un precio injusto si era «necesario para la salvación». ¿Por qué debe sufrir una persona para que muchos fueran redimidos? ¿Por qué Jesús «debía» sufrir y morir para lograrlo? ¿Por qué era «necesaria» una muerte para salvar al resto? ¿No era posible que Dios redimiera a toda la humanidad sin la mediación «necesaria» de una víctima inocente? ¿Qué lógica y qué dios pueden legitimar aquella doctrina de la necesidad de una víctima? Estas preguntas van directamente dirigidas contra la línea de flotación de muchas teologías, algunas hegemónicas y sancionadas eclesiásticamente.

Hasta la misericordia de Dios mostrada en la cruz de Jesús puede resultar una aberración. La lectura sacrificial de la muerte de Jesús que liberó del pecado a la humanidad a cambio de la muerte de un inocente ha sido una constante: Rom 5,8, un texto sobresaliente, por otra parte, tiene el peligro de leerse mal: «Así que la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros». Demasiadas veces se ha interpretado la muerte de Jesús como un instrumento, un medio de perdón o reconciliación, como un sacrificio que ejerce de moneda de cambio: Jesús devolvía a Dios una deuda o aplacaba su ira o compensaba un daño causado por su pueblo. Esto ha traído consecuencias teológicas funestas (como dijo Jurgen Moltman hace muchos años), una de las cuales ha sido hacer increíble la misericordia de Dios.

La muerte de Jesús es la muerte de una víctima de la injusticia, de la violencia, de la codicia y del afán de poder de algunos poderosos, que vieron en su vida, en sus palabras y hechos, un desafío al ejercicio de su poder. Debemos sacar de la ecuación de la muerte de Jesús a Dios (como si este fuese el destinatario, el beneficiario inmediato de un bien con el que negocia); Dios no espera su muerte, ni la busca, ni la quiere, ni la necesita... El grito de abandono que se oye en la cruz («¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?», Mc 15,34) es el modo de explicar esta ausencia: Dios no utiliza esa muerte como pago o compensación por deudas u ofensas; Dios no está esperando el sacrificio de la vida de su hijo para conceder el

perdón a la humanidad. La presencia de Dios en la cruz de Jesús es silenciosa, de aparente ausencia, como si no estuviera; hasta Jesús siente esa ausencia como abandono (aunque confiado: Sal 22).

La muerte de Jesús es signo, más bien, del modo de estar Dios en la historia, de su aceptación de la autonomía de los hombres y su responsabilidad, de su decisión de no intervenir alterando el curso de la historia... Jesús acepta su destino como consecuencia de su modo de vivir y Dios acepta la decisión de Jesús y respeta la historia sin intervenir milagrosamente.

Sólo quien se posiciona como María en el diálogo precedente, desde el punto de vista de la víctima, es capaz de captar la injusticia y la barbaridad de la lógica dominante que justifica el dolor y la muerte de las víctimas. Sólo quien, como ella, pone por delante de la razón del bien mayor y de la lógica del beneficio otra lógica, la de la compasión, del valor absoluto de cada persona, de la injusticia de la existencia de las víctimas, es capaz de desvelar el horror de un mundo que pasa por encima de las víctimas como efectos colaterales de unas lógicas, a veces teológicamente razonadas, que tienen puesto su horizonte únicamente en el bien mayor. Las víctimas existen, como Jesús; así lo reconoce María; pero ella no acepta a un dios que justifica o «necesita» de víctimas inocentes para un bien mayor. Por eso, en el libro de Tóibín, María se hace adoradora de Artemisa, porque el dios que le presentan los discípulos de su hijo se le hace increíble, como a tantas personas a lo largo de la historia.

Este es un punto de partida, a mi juicio, idóneo para abordar el tema de la misericordia, tal como la entendían los primeros seguidores de Jesús; sólo si nos ponemos en el lugar, en la piel de las víctimas (los que sufren la injusticia, la violencia, la desigualdad, el abuso...), podemos captar lo que de otro modo no veríamos: que algunas teologías (e ideologías), con la ceguera de lograr el bien mayor (más gente en misa, más niños bautizados, más jóvenes que acuden a las concentraciones JMJ, más vocaciones en los conventos...) son sordas y ciegas a la idea de dios que transmiten, muchas veces la de un dios que es una vaga caricatura del Dios de Jesús. Sólo desde

el lugar de la víctima se descubre que el discurso sobre un dios que acepta o justifica la existencia de víctimas es injusto y horrible y que, desde el punto de vista de Dios, el Dios revelado en la cruz de Jesús, es, además, blasfemo.

2. Imágenes de Dios y el Dios de Jesús

Para acercarnos a la experiencia de la misericordia en Jesús, resulta muy útil mirar las referencias que Jesús tenía en su propia tradición, que le ofrecían diversas imágenes de Dios en la Biblia hebrea. Estas imágenes de Yahvé son muchas y variadas.

Así, por ejemplo, en el relato del diluvio (Gen 6-9), nos encontramos con el dios airado por los pecados de su pueblo que decide aniquilar a toda la humanidad (reservándose un grupo puro). Cuando termina el diluvio (después de arrasar toda la humanidad excepto la familia de Noé) Noé ofrece un holocausto a Yahvé; el texto termina así: «Al aspirar Yahvé el calmante aroma, dijo para sí: “Nunca más volveré a maldecir el suelo por causa del hombre, porque las trazas del corazón humano son malas desde su niñez, ni volveré a destruir a los seres vivientes, como he hecho”» (Gen 8,21).

Igualmente, en el libro de Josué (Jos 6,17-21) nos topamos con el dios que exige violencia contra los pueblos cananeos conquistados, como en el caso de la destrucción total de Jericó (incluyendo el asesinato de todos los habitantes), cuando Yahvé les dice: «La ciudad será destruida como anatema a Yahvé con todo lo que haya en ella»; «Destruyeron en obediencia a Yahvé todo lo que había en la ciudad: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, bueyes, ovejas y asnos cayeron muertos a espada».

También aparece en sus páginas el dios extraño que permite la venta de una hija como esclava (Ex 21,7) o el dios riguroso con las normas que pide la obediencia de un hijo a sus padres a toda costa y que exige su lapidación hasta la muerte en caso de desobediencia, como aparece en Dt 21,18-21: «Si un hombre tiene un hijo rebelde y

díscolo, que no escucha la voz de su padre ni la voz de su madre, y le castigan y no por eso les escucha, su padre y su madre lo agarrarán y lo llevarán afuera, donde los ancianos de su ciudad, a la puerta del lugar. Dirán a los ancianos de su ciudad: «Este hijo nuestro es rebelde y díscolo, y no nos escucha; es un libertino y un borracho». Entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán hasta que muera. Así harás desaparecer el mal de en medio de ti, y todo Israel se enterará y temerá».

Las imágenes que subrayan estas características duras, difíciles para nuestra sensibilidad, se pueden multiplicar casi sin fin. Pero no son las únicas. Podemos encontrar junto a esos textos otros en los que se presenta otra imagen diferente.

El dios que, airado, sí, por los pecados, es capaz, no obstante, de enternecerse por la intercesión de un buen hombre como Abraham. En Gen 18,16-33 Yahvé había decidido aniquilar a toda la población de Sodoma y Gomorra y Abraham intercede así: «¿Así que vas a borrar al justo con el malvado? Tal vez haya cincuenta justos en la ciudad. ¿Vas a borrarlos sin perdonar a aquel lugar por los cincuenta justos que hubiere dentro? Tú no puedes hacer tal cosa: dejar morir al justo con el malvado, y que corran los dos la misma suerte. Tú no puedes. ¿Va a decretar una injusticia el juez de toda la tierra?». Replicó Yahvé: “Si encuentro en la ciudad de Sodoma a cincuenta justos perdonaré a todo el lugar por amor de aquéllos”». En este texto es Abraham el que aparece como misericordioso y Yahvé como el airado que necesita venganza.

El dios que ante la contemplación de la injusticia y del sufrimiento de las víctimas se compadece e interviene para liberarlas, como en la historia del éxodo de Egipto liderado por Moisés (Ex 3,7-12): «Yahvé le dijo [a Moisés]: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto; he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel”. El hecho de que sean necesarias diez plagas, con la muerte de todos los primogénitos (del ganado y de las

personas), no ha restado valor a esa vocación liberadora y redentora de Yahvé en la historia.

También el dios ambiguo que se muestra a la vez cercano y distante: afectuoso que como un novio es capaz de conquistar con lazos de amor y cariño a su novia y arbitrario e impredecible que se distancia y pone a prueba, como en el caso de Jeremías: «Cuando encontraba palabras tuyas, las devoraba; tu palabra era mi gozo y la alegría de mi corazón. Yo llevaba tu nombre, Señor, Dios de los ejércitos... ¿Por qué se ha vuelto crónica mi llaga, y mi herida enconada e incurable? Tú me has hecho arroyo engañoso, de agua inconstante'. Yahvé me respondió: 'Frente a este pueblo te pondré como muralla inexpugnable: lucharán contra ti y no te podrán porque yo estoy contigo para librarte y salvarte...'» (Jer 15,10-21 NBE; cf. Jer 1,4-6; 3,19).

Y no faltan otros que, con metáforas afectivas y familiares, presentan a un dios padre que protege, alimenta y conduce con amor a sus hijos (Dt 14,1; Is 1,2); o a un dios madre que ha engendrado, amamantado y cuidado a sus hijos y que de ningún modo puede permitir que le suceda nada malo (Num 11,12; Is 46,3-4; 49,15; 66,13): «Escuchadme casa de Jacob, resto de la casa de Israel, con quien he cargado desde el vientre materno, a quien he llevado desde las entrañas: hasta la vejez yo seré el mismo, hasta las canas yo os sostendré; yo lo he hecho y yo os seguiré llevando, yo os sostendré y os libraré» (NBE Is 46,3-4). «Dice mi pueblo: "Yahvé me ha abandonado, el Señor me ha olvidado". Pero, ¿acaso olvida una madre a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ellas lleguen a olvidarse, yo no me olvido» (BJ Is 49,15). «Como aquel a quien su madre consuela, así os consolaré yo, y en Jerusalén seréis consolados» (BJ Is 66,13)...

Todo este conjunto de imágenes podría arrojar una impresión de ambigüedad o arbitrariedad; incluso de confusión. No debemos olvidar, no obstante, que las imágenes de Dios en la Biblia son, en buena parte, el reflejo de un proceso dinámico de encuentro y descubrimiento de Dios que halla su culminación en la historia de Jesús.

O dicho de otro modo: no todas las imágenes de dios que aparecen en la Biblia judía reflejan igualmente a Dios, al Dios de Jesús.

Así, por ejemplo, cuando Lucas cuenta al inicio de su evangelio el episodio en el que Jesús entra en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-30) y lee un pasaje de Isaías, Jesús omite un versículo muy significativo. El pasaje de Isaías que debía leer era Is 61,1-2, y dice así:

El espíritu del Señor me acompaña,
por cuanto que me ha ungido Yahvé.
Me ha enviado a anunciar
la buena nueva a los pobres
a vendar los corazones rotos,
a pregonar a los cautivos la liberación,
y a los reclusos la libertad;
a pregonar año de gracia de Yahvé
y el día de venganza de nuestro Dios.

Este texto concluye con este verso: «[Dios me ha enviado a pregonar] el día la venganza de nuestro Dios» y todos lo sabían; habrían escuchado ese pasaje infinidad de veces y todo el mundo esperaba que Jesús leyera el pasaje entero. Sin embargo, lo ignora y omite, subrayando únicamente la proclamación de la libertad y la buena noticia. Lucas dice que, cuando acabó, «todos los ojos estaban puestos en él»; Jesús había omitido un versículo importante de la BH y aquel atrevimiento requería una explicación. Sin embargo, la explicación que Jesús ofrece deja todavía más perplejo al auditorio: «Esta escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy». Lo que se había cumplido era la afirmación de un Dios liberador, buena noticia, que vendar los corazones, que habla de acogida y nuevas oportunidades... En boca de Jesús, Dios ya no anuncia un día de venganza; esa imagen de Dios, según la experiencia de Jesús, debe ser ignorada y omitida.

Esta peculiar selección de imágenes de dios de la Biblia judía que omite «el día de la venganza de Yahvé» bien podría ser una de las características más llamativas y conflictivas de Jesús, por la que

se enfrentó a las autoridades religiosas de su tiempo y que le granjeó la muerte. Y es también una característica que describe cómo los primeros seguidores de Jesús recordaron la peculiar experiencia que tuvo de Dios: Jesús, su vida, sus dichos y hechos, su muerte y resurrección hablaban de Dios mejor que cualquier otro testimonio o tradición.

Vamos a fijarnos en algunos textos que en el naciente cristianismo sirvieron para explicarse a sí mismos cómo era ese rostro de Dios que Jesús mostraba. Entre ellos, destacan los textos que recuerdan la experiencia que Jesús tuvo de Dios y las imágenes que utiliza para explicarla (tanto como en sus silencios y omisiones).

3. El recuerdo de la experiencia que Jesús tuvo de Dios

Cuando los discípulos de Jesús se propusieron cuidar y cultivar la memoria de Jesús para que no se perdiera y para que orientara el nuevo tiempo que se abría después de la destrucción de Jerusalén por los romanos el año 70 d.c., dieron especial importancia a la experiencia religiosa de Jesús, a la vivencia que Jesús había mostrado de relación entrañable con su «Abba» Dios. Esto lo hicieron de muchos y diversos modos. Uno de los que destacan es la decisión (repetida en los diferentes relatos) de contar su vida como una historia de amor que se inicia y concluye del mismo modo: con un cara a cara con Dios.

En el caso del evangelista Marcos (pero se repite de otros modos en el caso de los demás evangelistas) esto se descubre por la decisión de utilizar una palabra de modo exclusivo cuando Jesús aparece por primera vez (relato del bautismo: Mc 1,9-11) y cuando aparece por última vez (relato de su muerte: Mc 15,33-39): es el verbo «desgarrarse» (σχίζω), que solo aparece, en todo el evangelio, en estos dos momentos: en el primer caso se desgarró el cielo (Mc 1,10) y en el segundo el velo del templo (Mc 15,38), las dos imágenes de lo que separaba a Dios de los hombres que, con Jesús, ha quedado

«desgarrado» para siempre y, por tanto, Dios ya no está separado de la historia de las personas nunca jamás.

Respecto el primero de los dos textos, el bautismo, hay un dato relevante para nuestro objetivo: en ese pasaje se cuenta y recuerda la experiencia que Jesús tenía de Dios. Obviamente, una experiencia personal es, por definición, insondable e intransferible, en el sentido de que el lenguaje que utilizamos para contarla no puede dar cuenta de los matices y profundidad que tiene para la persona implicada.

Sin embargo, el lenguaje, cuidadosamente escogido, puede revelar parte de esa experiencia y es lo que los discípulos de Jesús quisieron hacer con este relato. Para ello, los seguidores de Jesús tenían dos fuentes: el recuerdo de lo que Jesús había dicho de su Padre Dios y lo que la Biblia decía como palabra de Dios. Es decir, los discípulos tenían, por una parte, las parábolas, las oraciones, los dichos, los hechos de Jesús...; en todos ellos Jesús hablaba de Dios; y, por otra parte, tenían los textos bíblicos (la Torá, los profetas, los salmos...) que su tradición interpretaba como la palabra de Dios. De modo que buscaron las referencias bíblicas que pudieran expresar aquella experiencia, y las encontraron en varios textos: Is 42,1 («He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él...») y Sal 2,7 («Yahvé me ha dicho: “Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy”»). Eligieron cuidadosamente todos los detalles y, con ellos, redactaron con especial atención la frase que ponen en boca de Dios: «Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco» (Mc 1,11). De todas las experiencias personales e imágenes de dios que aparecen en la Biblia judía, aquellas que mejor coinciden con la de Jesús son esas dos, las que hablan del Dios que ama, confía, se complace, engendra y sostiene. Las demás imágenes quedan fuera de la experiencia de Jesús; el dios que reflejan otras referencias, como las que hemos citado más arriba, no es el Dios que se manifiesta en la vida de Jesús.

En esa frase puesta en boca de Dios, que transmite de modo imperfecto la experiencia de Jesús, llama la atención, además de esa característica amorosa de Dios, la segunda parte: «en ti me com-

plazco» (εὐδόκησα en griego; ver: Is 42,1). Este verbo, εὐδοκέω, se podría traducir también por «estar de acuerdo», «aprobar», «aceptar por bueno [lo de otro]». Dios está manifestando su confianza total en Jesús, está declarando que aprueba, acepta, confía en Jesús para llevar a delante una tarea. Es como si los seguidores de Jesús, al transmitir la experiencia que Jesús tuvo de Dios, estuvieran diciendo: el Dios de Jesús es un Dios que ama y confía, que ama confiando, acepta la vida de Jesús porque le ama, ama de ese modo que sólo se puede expresar con la confianza, la fe. Dicho de otro modo: Jesús confía en que Dios confía en él.

Esta es una característica sobresaliente de la experiencia religiosa de Jesús, sobre todo porque adquiere en su vida un peso determinante: Yahvé Dios es padre que confía en Jesús, su hijo. Y lo hace de un modo tan confiado y absoluto que resulta desconcertante, porque acepta la vida de Jesús, sus decisiones, su camino, sus dichos y hechos, como propios. Sobre todo, acepta su destino libre: acepta que Jesús, por vivir en coherencia con su forma de hablar y actuar, sea rechazado por las autoridades religiosas y por parte del pueblo; y lo hace sin intervenir, sin cambiar el curso de la historia para que sea de otro modo.

Esto es lo que se subraya en el segundo de los textos mencionados, la muerte de Jesús. Podría parecer que aquí no se está hablando de la relación de Jesús con Dios sino de su ausencia, pero sería un error. Lo que los discípulos de Jesús recuerdan en este momento (como lo hacen en el relato del bautismo) es que la apariencia engaña. Dios permanece en silencio, sin descubrir su presencia, aun a costa de que ese silencio sea interpretado como ausencia. Este recuerdo conserva las últimas palabras que pronuncia Jesús, palabras de aparente abandono y ausencia: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (Mc 15,34, palabras tomadas, como en el caso del bautismo, de la Biblia hebrea, del Sal 22,2). Esta frase suscita, entre quienes le oyen, extrañeza, desprecio y burla («¡dejad a ver si viene Elías a descolgarle!», Mc 15,36). De nuevo, los seguidores de Jesús encontraron en este salmo el mejor modo de expresar lo que entendían era la experiencia que Jesús tuvo de Dios, incluso

en esos momentos finales; para ellos, Jesús experimento la presencia de Dios como una presencia silenciosa, imperceptible... como si no estuviera. Para los discípulos de Jesús, aquellas palabras reflejaban, no el sentimiento de abandono (el salmo 22 acaba con una afirmación de confianza en el silencio: «Cuando yo ya no viva, mi descendencia le servirá, y contará su justicia al pueblo que está por nacer, y dirán: “Así actuó el Señor”»), sino una característica radical del Abba de Jesús: su aparente ausencia, su presencia silenciosa.

El Dios de Jesús es así: silencioso, no interviene, se mantiene en un discreto lugar hasta el punto de que resulta muy difícil de descubrir. Su presencia parece ausencia porque no actúa como muchos esperan de él, cambiando el curso de la historia, deshaciendo los nudos que nosotros hacemos, imponiendo nuestra justicia, actuando como nosotros lo haríamos, cumpliendo nuestros deseos..., sino respetando, confiando en Jesús y en las personas, dejando que tomen sus propias decisiones y que asuman sus responsabilidades, aún a costa del rechazo y del dolor por las víctimas. El Dios de Jesús no actúa evitando las víctimas de nuestra violencia, injusticia y desigualdad, ni castigando o vengándose de sus verdugos; no va deshaciendo nuestros desmanes ni nuestros horrores; confía en Jesús, en las personas, para que ellas asuman su responsabilidad.

(Lo mismo cabe decir de la «tumba vacía»; los relatos más antiguos explican el misterio de la resurrección sin pretender reconstruir la historia con la descripción de la intervención de Dios; imitan a mostrar un vacío, una ausencia, una tumba vacía; Dios está presente también en la resurrección de Jesús, obviamente, pero de un modo misterioso que no se puede explicar: sólo se percibe una ausencia, un vacío. Este es el modo de estar Dios en las historia de Jesús y en la de sus seguidores). No es un dios intervencionista ni paternalista, es Padre que confía y sigue confiando aún a pesar de los rechazos y fracasos.

Esta característica del Dios de Jesús podía resultar desconcertante porque no responde a las expectativas que los demás judíos como Jesús, incluidos sus discípulos, tenían de Dios. Sin embargo, es coherente con la que se revela en la vida de Jesús: se trata de un

Dios que sólo ama, no castiga; un Dios que acoge y acompaña sin venganza; un Dios que ofrece siempre y a todos, incluidos a los que han matado al hijo querido, una posibilidad de ser acogidos e incluso amados; un Dios, en fin, misericordioso y nada más. Así, la descomunal confianza que Dios muestra en la vida de Jesús podría ser la primera característica de su misericordia: Dios es misericordioso porque confía de ese modo.

Esta característica de Dios es el modelo de la compasión de Jesús y está en el fondo de la mayor parte de los dichos y parábolas de Jesús en las que habla de Dios. Así lo expresa Jesús en uno de sus discursos más paradigmáticos, cuando dice que el amor a los enemigos y la compasión es lo más parecido a Dios: «Amad a vuestros enemigos; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio. Entonces obtendréis una gran recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y los perversos. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo» (Lc 6,27-36). Podríamos decir que un hilo conductor de estos dichos y parábolas sobre Dios es el intento de desmontar y desterrar las falsas imágenes de Dios, aquellas que predominan en la mayoría de creyentes, para sustituirlas por otra, la del Dios que sólo ama, el Dios que siempre se abaja para mirar a los ojos, cara a cara, el Dios que confía en cada persona porque ama, independientemente de la ética o el comportamiento de esta; porque sólo así hay salida, futuro, paz, para esa persona (verdugo o víctima).

4. La dificultad de aceptar la misericordia de Dios

Junto a esta primera característica de la misericordia (la confianza de Dios), los discípulos de Jesús fueron recogiendo otros rasgos que dibujaban el perfil de la misericordia de Dios, tal como la había descubierto Jesús. En algunas de las parábolas y metáforas que Jesús utilizó, sus discípulos descubrieron también la exigencia de la misericordia, la dificultad y la dureza del modo de confiar de Dios, de su modo de amar incondicional, de su modo de respetar la historia y ponerse del lado de los que sufren.

Las metáforas que utilizó para hablar de Dios, sus parábolas, hablan, por ejemplo, de un dueño de una viña que quiso pagar a los últimos trabajadores, que habían trabajado sólo una hora, lo mismo que a los primeros, que habían soportado el esfuerzo de toda la jornada (Mt 20,1-16). Un empresario así quizá no pueda ser denunciado porque con todos había acordado «lo justo», pero al día siguiente no habría nadie para trabajar desde la mañana; todos irían al atardecer y ese empresario se arruinaría en pocos días. La misericordia, expresada en la voluntad de considerar a «los últimos los primeros» tiene, efectivamente, consecuencias económicas, pero no solo económicas; Mateo dice que los primeros se indignaron contra el dueño de la viña (Mt 20,11-12).

Pocos están dispuestos a aceptar una inversión de la lógica de la retribución. La mayoría de las personas esperan una compensación «justa» por el esfuerzo, que consiste en pagar más al que más trabaja. Así funciona este mundo. Intentar cambiar esa lógica conlleva el riesgo de quedarse fuera; excepto si ya lo estás. Los que están fuera de la lógica de mayor recompensa a mayor mérito (porque no cumplen las expectativas dominantes, porque son subproductos de esa lógica, porque han hecho opción de excluirse o, sencillamente, porque son unos vagos) escucharán la parábola de Jesús con ojos desorbitados, quizá incrédulos: ¿cómo es posible que Dios quiera que los últimos sean los primeros?

Quizá el mayor problema de la presentación de un Dios que no recompensa y ama más a los que mejor cumplen las expectativas dominantes y más méritos acumulan es que ese Dios lo será, preferiblemente, de los últimos, los que menos cumplen las expectativas dominantes o menos méritos acumulan. Sin embargo, Jesús parece asumir este punto de vista: el de los últimos, los que no cumplen con las expectativas dominantes, porque es el punto de vista desde el que Dios mira la historia. Esta es la segunda característica de la misericordia de Dios: exige una alteración de los mecanismos de relación con Dios (no la retribución).

5. La misericordia frente a la religión: Lc 10,25-37; Lc 15,11-32

Este mismo punto de vista es el que Jesús propone a un escriba que le pregunta «¿quién es mi próximo?» cuando Jesús le recuerda el mandamiento de amar al próximo como a si mismo (Lc 10,25-37). El escriba asume el punto de vista del religioso cumplidor que quiere asegurarse la recompensa del cumplimiento, que quiere saber exactamente cómo se cumple la ley para estar satisfecho y seguro de su recompensa (es quizá metáfora de ciertas formas de Vida Religiosa).

Pero Jesús le cuenta la historia de una víctima: un hombre al que atracan, golpean, roban y dejan tirado en la cuneta. Ante esa víctima Jesús hace pasar varias personas; primero un sacerdote que, por ser cumplidor y evitar contaminarse con la víctima (complicarse la vida, mancharse) pasa de largo y la deja tirada. Segundo un levita que, por razones similares, también la ignora colaborando de ese modo con la injusticia que la está matando. Sutilmente, Jesús las presenta como colaboradoras de los bandidos, culpables de omisión de socorro; otros verdugos. El tercero en pasar es un samaritano, que era un extraño para los judeos (de Judea), despreciado por eso y considerado enemigo e impío.

Es precisamente este, un marginado por el sistema religioso dominante, el que es capaz de anteponer la situación de la víctima y superar la lógica religiosa que está al servicio del cumplimiento de las normas rituales o legales; sólo el despreciado, otra víctima, es capaz de entender la situación del que sufre. Jesús, después de contarle esta historia, le pregunta al escriba: «¿Quién te parece que fue próximo del que cayó en manos de salteadores?». La pregunta del escriba había sido «¿Quién es mi próximo?»; sin embargo, Jesús invierte la pregunta para obligarle a mirar la realidad desde el punto de vista de la víctima. El Dios de Jesús, parece ser la respuesta, no se preocupa por el cumplimiento de las normas (ni religiosas, ni rituales) sino por la misericordia que se antepone a cualquier otra circunstancia, condición o exigencia (del tipo que sea); sólo quien se

pone en el lugar del que sufre, puede entender el horizonte de una vida de fe, religiosa.

Lucas presenta a Jesús comiendo muchas veces en casa de gente despreciable (para los dirigentes romanos y judíos), gente excluida por colaboracionista, inmoral, ilegal... Jesús acepta las caricias y contacto público de una mujer tachada de inmoral e indeseable por los líderes religiosos (Lc 7,36ss), o frecuenta la casa de colaboracionistas con el Imperio romano, corruptos y extorsionadores (Lc 11,37-54; 14,1-6; 19,1-10). Por su parte, Mateo recoge, por dos veces (Mt 9,13; 12,7) la frase de Oseas (Os 6,6): «Misericordia quiero, que no sacrificios» como la respuesta de Jesús a quienes le acusaban de relacionarse con pecadores, publicanos, marginados..., quienes le acusaban, en definitiva, de no ser suficientemente religioso (cumplidor, observante, riguroso...) y preocuparse por quienes la religión oficial considera despreciables...

Dios solo ama, empezando por los que la religión (toda religión) considera últimos; Dios solo es misericordioso; el creyente en Jesús debe aspirar a ser como él: solo misericordioso (sin querer añadir condiciones de justicia, de ética, o cualquier compensación). En este punto, la tradición que recoge Mateo es muy clara (y actual): «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y habéis descuidado lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto es lo que había que practicar, aunque sin descuidar aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello!» (Mt 23,23-24). Para Dios la misericordia, la acogida del excluido, es más importante que el cumplimiento religioso o la legalidad. Esta es una de las características más costosas de la misericordia de Dios: para descubrirla hay que ponerse en la piel del que sufre.

Así, cuando Jesús cuenta las parábolas de la oveja, la moneda y el hijo perdidos, las consecuencias que se derivan son similares. Las tres las solemos leer subrayando la inmensidad de la misericordia de Dios; y es correcto. Pero esas parábolas tienen un mensaje demoledor para muchas personas religiosas. Así, en la tercera, la

de «El hijo perdido» (Lc 15,11-32), tiene un especial protagonismo el hijo mayor, el que permanece en casa de su padre durante todo el tiempo, como el hijo cumplidor que trabaja sin descanso para su padre. Cuando el hijo menor (el supuesto perdido) vuelve y su padre lo recibe con gestos exagerados que reflejan el carácter descomunal de su misericordia y amor, el hijo mayor lo desprecia y no quiere participar de la fiesta.

La misericordia con los perdidos, con los que no dan la talla según la lógica religiosa dominante (o las exigencias sociales, políticas, económicas...), con los que no han hecho ningún esfuerzo por cumplir y ganarse la recompensa, provoca esa reacción en las personas cumplidoras, las que viven su vida de fe apoyados en su empeño por cumplir las normas, las exigencias, las privaciones.

Sin embargo, lo que esta parábola subraya como mensaje final es que, precisamente, lo que muchas personas religiosas creen que les garantizaba su permanencia en la casa del padre se puede tornar en exclusión: el hijo cumplidor que ha observado la voluntad del Padre toda su vida, que es fiel a los preceptos y normas (horario, reglas, constituciones, derecho canónico...) pero es incapaz de acoger al hermano perdido, al que ha derrochado su hacienda y quiere vivir ahora a su costa, ese hijo religioso se queda fuera de la fiesta, mientras que el disoluto entra dentro. El hijo perdido acaba siendo el mayor.

Esta es una de las razones por las que la predicación de los primeros seguidores de Jesús fue, realmente, buena noticia. Y por eso se extendió tanto, por lo que era. Cuando Pablo llegó a las ciudades de la cuenca norte del Mediterráneo con la idea de crear unas asambleas que se parecieran lo más posible al Dios de Jesús que él había descubierto, su mensaje se sostiene en esta misma experiencia. La buena noticia que anunció estaba basada en esa imagen de Dios misericordioso que custodia, como un tesoro vulnerable, su decisión de amar; y lo hace protegiendo esa voluntad de amar detrás de una barrera: la de la libertad.

En la Carta a los romanos (Rom 9) Pablo explica, de modo igualmente desconcertante, que Dios, para custodiar su voluntad de amar incondicionalmente, esto es, sin que nada ni nadie pueda influir en esa voluntad de amar a todos, ha decidido mostrarse aparentemente arbitrario. Así, explica Pablo, Dios puede parecer injusto porque prefirió a Jacob y no a Esaú, que era el primogénito. Sin embargo, sigue Pablo, si Dios hubiera seguido las reglas lógicas que permiten prever las preferencias de Dios, sería manipulable. Dios custodia su decisión de ser misericordioso detrás de una barrera de libertad que, en ocasiones, puede confundirse con la injusticia o con la arbitrariedad. La frase de Ex 33,19 que Pablo recoge es muy elocuente: «yo tengo misericordia de quién quiero y compasión de quien quiero» (Rom 9,15). En el fondo, concluye Pablo, «no se trata de la voluntad o del esfuerzo, sino de que Dios es misericordioso» (Rom 9,16).

Tan sustantiva es la misericordia de Dios que hasta el aparente rechazo de Dios, sea Israel o sean víctimas injustas de violencia y desigualdad, Pablo lo convierte en llamada a la misericordia: «Pues no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para que no presumáis de sabios: el endurecimiento parcial que ha padecido Israel durará hasta que entren todos los gentiles. De ese modo, todo Israel se salvará, como dice la Escritura: vendrá de Sión el Libertador; alejará de Jacob las impiedades. Y esta será mi alianza con ellos, cuando haya borrado sus pecados» (Rom 11,25-27).

Hasta que los últimos (aquellos a los que nosotros excluimos por impíos, inmorales...) no tengan un lugar como hermanos entre nosotros (los que los hemos excluido porque nos consideramos moral o religiosamente mejores) el reino de Dios no podrá crecer. Pablo se atreve a leer la historia, con sus fracasos, sus sombras, los gemidos de los pueblos, como una llamada a mirar como Dios: las víctimas nos denuncian y nos demandan un modo de vivir que las incluya como hermanas. Este es el nuevo horizonte del seguidor de Jesús: no el cumplimiento de ninguna ley sino la mirada compasiva del que creo que merece mi desprecio.

6. La misericordia contra la condena: Mt 5,21-22.29-30

Hay dichos de Jesús que los seguidores de Jesús han conservado y que parecen ir en contra de lo que he destacado hasta ahora (Dios sólo ama, no condena). Son, especialmente (y paradigmáticamente) aquellos en los que Jesús habla de la Gehenna de fuego (γέεννα), por ejemplo: «Habéis oído que se dijo a los antepasados: No matarás, pues el que mate será reo ante el tribunal. Pues yo os digo que todo aquel que se encolerice contra su hermano será llevado ante el tribunal; el que llame a su hermano ‘imbécil’ será llevado ante el Sanedrín; y el que le llame ‘renegado’ será llevado a la Gehenna de fuego» (Mt 5,21-22); también: «Si tu ojo derecho te es ocasión de tropiezo, sácatelo y arrójalo de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea llevado a la Gehenna. Y si tu mano derecha te es ocasión de tropiezo, córtatela y arrójala de ti; te conviene que se pierda uno de tus miembros, antes que todo tu cuerpo vaya a la Gehenna» (Mt 5,29-30); o también: «¡Serpientes, raza de víboras [dicho a los religiosos hipócritas que observan la legalidad y se olvidan de la compasión]! ¿Cómo vais a escapar de la prueba de la Gehenna?» (Mt 23,33).

Son palabras leídas como aviso o amenaza de condena que al leerlas en conexión con Mt 25,41, «entonces dirá también a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles», han alimentado la imaginación del infierno y la condena eterna (De hecho esta interpretación ya existía en tiempo de Jesús. Sin embargo, la metáfora de la Gehenna que Jesús usa no es la del infierno).

La Gehenna o «la Gehena de fuego» es el valle de Jerusalén en el que se arrojaban y acumulaban las basuras, donde había gusanos y fuego para que las basuras se descompusieran, se consumieran y no se acumularan (todavía hoy, la puerta de la ciudad vieja de Jerusalén que da a este valle, se llama la «uerta de las basuras»). La Gehenna era (como todos los basureros) el lugar excluido al que acuden los más pobres de los pobres, la escoria, los parias, los que no tienen ni la misericordia de los demás porque no han recibido ni limosna ni hospitalidad...

El libro de Job cuenta que, cuando le ocurren todas las desgracias y su familia y amigos le abandonan, creyéndole un excluido de Dios, él se marcha al basurero, al lugar de las cenizas. En la Gehenna están los que han padecido el sufrimiento injusto, la pérdida y el dolor inocente, la condición de víctima sobrevenida sin merecerlo... El libro de la consolación de Isaías (Is 40-55) también narra el exilio como otra metáfora que busca provocar, sacudir, desafiar, descubrir el mundo desde la a víctimas, como Dios lo ve.

La metáfora de Jesús no es una condena eterna, sino una prueba, un periodo de purificación, de crisol, una llamada a ponerse en el lugar de los últimos, de esos que no han recibido misericordia de nadie, para experimentar ese horror, ese dolor sin horizonte, sin esperanza... ponerse en el lugar de la víctima, aunque temporalmente, obliga a ver toda la realidad con otros ojos, los de los últimos. Los ojos de Job cambian cuando ha experimentado la ceniza, el basurero, la exclusión social y religiosa, el rechazo y abandono... Solo desde ese lugar es capaz de abrir los ojos de otro modo y ver a Dios como nunca lo había visto: «solo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5; cf. San 5,9-11).

7. Conclusión

He comenzado citando el libro de Colm Tóibín, *El testamento de María* (Barcelona: Lumen, 2014), para subrayar la importancia de adoptar el punto de vista de la víctima. Me permito acabar con el testimonio de una víctima, James Rhodes, en su libro *Instrumental, memorias de música, medicina y locura* (Barcelona: Blackie Books, 2015), en el que relata su vida desde que fue víctima de abusos sexuales (entre los 6 hasta los 10 años) hasta el presente. En el capítulo 5 explica lo único que, desde su experiencia, le ha salvado de su victimismo:

«La vergüenza es el motivo por el que no se lo contamos a nadie. Las amenazas funcionan cierto tiempo, pero no años. La vergüenza asegura el silencio, y el suicidio es el silencio definitivo. Da

igual cuánto tiempo dediques a decirles a gritos a las víctimas [...] «no ha sido culpa tuya». También podrías decirles que el cielo es verde. La única forma de poder llegar a ellas es queriéndolas con la fuerza y la constancia suficientes, aunque sea desde lejos, para empezar a socavar los cimientos de sus creencias [la culpabilidad]. Se trata de una labor para la que la mayoría de la gente no tiene, no puede tener, ni tendrá nunca la energía y la paciencia suficientes. Imaginad [lo que es] querer a alguien de forma tan incondicional. [Se trata de] Ser tan bueno, amable y cariñoso de forma tan constante que [asumas que] te devuelvan rabia, sospechas, paranoia, dudas, dependencia y destrucción casi todo el rato. Es como rescatar de la perrera a un perro apaleado que te lo agradece atacando a tus hijos y cagándose en el suelo de tu casa».

La vida de Jesús y el anuncio de la buena noticia del rostro de Dios que los primeros seguidores de Jesús descubrieron en su vida, subrayaron un aspecto fundamental, paradójico y desconcertante: Dios es sólo misericordioso. Y esto significó dos cosas; primero, que esta misericordia de Dios funciona como una inversión de la lógica dominante: Dios no ama más a quienes son mejores, más éticos, más legales, más esforzados, más solidarios. Dios ama a todos de un modo tan desmesurado que nadie queda excluido; ni los que tienen el poder pueden excluir de la casa de ese padre a quienes son considerados indeseables; sólo quedan excluidos quienes no aceptan esta lógica alternativa. Y segundo, que las víctimas son las que nos enseñan el camino de Dios, nos indican la dirección en la que está; y ese camino pasa, necesaria e inexorablemente, por el lugar en el que ellas están, por el basurero, por la Gehenna. Cuando lo atravesamos, descubrimos el rostro del Dios de Jesús.

CARLOS GIL ARBIOL
Universidad de Deusto
Bilbao